

INSTRUMENTOS DEL IMPERIO¹

Con el hundimiento del bloque soviético, las descripciones convencionales de la expansión generalizada del poder estadounidense desde el comienzo de la guerra del Pacífico han dado muestras de un cierto desaliño. La versión corriente de la proyección de poder estadounidense en el exterior sostenía que los motivos de ésta residían en la necesidad primordial de, en primer lugar, liberar a Europa y a Japón del fascismo y, a continuación, proteger en todo el mundo a las democracias frente a la URSS y el comunismo. Lógicamente, entonces, una vez que el Mundo Libre dejó de estar amenazado por el fascismo y el comunismo, las operaciones globales de la administración estadounidense deberían haberse reducido. Sin embargo, en realidad se han extendido más aún si cabe, alcanzando a regiones del planeta en las que pocos en Washington habían soñado. A medida que fue disipándose la neblina ideológica de la Guerra Fría, lo que se puso de manifiesto fue un tipo especial de Estado imperial dotado de enormes burocracias civiles y militares, flanqueadas por gigantescas organizaciones empresariales, que despuntan en amplias zonas de Eurasia, Sudamérica y otras partes del mundo. ¿Cómo podía explicarse todo esto?

A lo largo de buena parte de la década de 1990, el nuevo paisaje quedó oscurecido en parte por los vapores de la «globalización», propagados por sociólogos y escritores de discursos del *establishment* occidental. Sin embargo, con el cambio de siglo todo se ha vuelto más difícil de ignorar, hasta el punto de que nos encontramos ahora con un volumen creciente de literatura que trata de abordar esta cuestión. En este ámbito, *American Empire* aporta una nota particularmente refrescante. El historiador que lo ha escrito, Andrew Bacevich, es un antiguo oficial del ejército, cuya voz conserva algo de su pasado militar: su fotografía en la solapa del libro sugiere una versión más afable y bien parecida de un Oliver North. Sin embargo, su prosa nada tiene de cuartelero. Leer *American Empire* resul-

¹ Andrew BACEVICH, *American Empire: The Realities and Consequences of US Diplomacy*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2002.

ta tonificante: escueto, gráfico, mordaz, cargado de ironía y de un fino sentido de la hipocresía. Bacevich es un conservador, que explica que creía en la justicia de la guerra estadounidense contra el comunismo y continúa haciéndolo, pero que, una vez que aquella guerra terminó, llegó a la conclusión de que el expansionismo estadounidense era anterior y al mismo tiempo excedía la lógica de la Guerra Fría, para cuya comprensión era preciso adoptar una *durée* [duración] histórica más larga y continua.

La búsqueda de una perspectiva intelectual que pudiera aferrar la dinámica del poder imperial condujo a este coronel del ejército a traspasar las barreras políticas al objeto de encontrar respuestas en dos conjuntos de trabajos asociados, en diferentes contextos, con la izquierda estadounidense: los escritos de Charles Beard de los años de entreguerras y los de William Appleman Williams, elaborados entre las décadas de 1950 y 1970. Ambos historiadores han insistido en que Estados Unidos, a diferencia de cuanto afirma la mitología liberal oficial, era un poder expansionista, que no se vio impulsado a realizar acciones generosas en el exterior por elevados ideales internacionalistas, sino que se vio arrastrado a una serie incesante de intervenciones diplomáticas y militares en todo el mundo por fuerzas profundamente arraigadas en el seno de la sociedad estadounidense. En la década de 1920, Beard, ya famoso por sus interpretaciones económicas de la Constitución y de la guerra civil, dirigió su atención hacia la política exterior estadounidense, llegando a la conclusión –coherente con el enfoque general de su trabajo– de que «a medida que el mercado interno iba saturándose y el capital se acumulaba en espera de ser invertido, aumentó en la misma medida la presión en favor de la expansión del imperio comercial estadounidense». Temiendo las consecuencias de esta dinámica, Beard defendía una senda de desarrollo distinta, siguiendo en gran medida la estela de Hobson en Inglaterra: la mejor manera de seguir progresando consistía en intensificar el mercado interno aumentando los niveles de vida de los trabajadores estadounidenses e invirtiendo en programas sociales en el interior del país.

El gran obstáculo que se alzaba en contra de este camino residía en el temor de la clase empresarial estadounidense a que la citada intensificación pudiera desencadenar fuerzas políticas que podrían socavar los arraigados privilegios de las clases propietarias dentro del propio Estados Unidos. Para este bloque, si se trataba de conservar la prosperidad doméstica sin sacrificio para la jerarquía económica, entonces la acumulación de capital debía reconfigurarse con arreglo a la expansión exterior. Había que aceptar la guerra y la conquista como el precio a pagar por la paz social en el interior. «Las naciones –decía Beard– están gobernadas por sus intereses en la medida en que son sus estadistas los que conciben esos intereses». En Estados Unidos, el principal negocio del Estado eran los negocios. Los bancos y las corporaciones eran los verdaderos motores de la política exterior que empujó a Estados Unidos a participar en la Primera Guerra Mundial y la estaban arrastrando a una segunda, contra la cual Beard advertía apasionadamente.

William Appleman Williams, aunque compartía muchos de los instintos políticos de Beard, era por lo demás un tipo de historiador completamente diferente, que estaba menos preocupado por los intereses materiales subyacentes en la dinámica de la expansión estadounidense que por los ideales opuestos, cuyo conflicto adoptó como un hilo conductor para la comprensión de la historia de la nación. En un principio, los *Pilgrim Fathers*² trajeron al Nuevo Mundo la visión de una Commonwealth cristiana —una comunidad igualitaria de pequeños productores, cuyos valores nunca llegaron a desaparecer completamente, cobrando con posterioridad la forma de un socialismo ético—. Sin embargo, desde la revolución en adelante fue desarrollándose, hasta alcanzar casi una posición dominante, una visión alternativa del futuro estadounidense: la construcción de un vasto imperio continental —y finalmente de ultramar—, en el que habrían de prosperar los grandes capitales y la ambición desmesurada so pretexto de intachables ideales liberales de libre comercio y competencia para todos. *The Contours of American History*, la obra principal de Williams, sigue los pasos del contrapunto entre estas perspectivas incompatibles hasta llegar a la época de la Guerra Fría. La batalla global contra el comunismo no fue sino el último camino a cuyo través Estados Unidos intentó escapar en el exterior de lo que Williams consideraba que era su verdadera identidad moral en el interior.

Para Bacevich, ambos historiadores erraron a la hora de estimar la agenda política inmediata de su tiempo. Beard se equivocó cuando se opuso a la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, que era necesaria para destruir al fascismo, mientras que Williams fue incapaz de darse cuenta de que aquella era necesaria para derrotar al comunismo. Sin embargo, ninguno de los dos se equivocaba cuando pensaba que en aquellos conflictos operaba algo más antiguo. Estas causas justas estaban incluidas en un conjunto de objetivos más amplio y menos atractivo que llegó a sobrevivirles. A su vez, Bacevich, como heredero de Beard y Williams, se inspira en diferentes aspectos de su obra. Su dureza de tono y juicio le viene de Beard. Sin embargo, su enfoque metodológico se presenta en no pocos aspectos más cercano a Williams. *American Empire* no se detiene excesivamente en el nexo entre los intereses sociales domésticos y la proyección de poder en el exterior. Tampoco explora los mecanismos de la ambición estratégica, al estilo de Gabriel Kolko, cuyo nombre no aparece en la genealogía de críticos invocados por Bacevich, pero cuya obra —desde *The Triumph of Conservatism* y *The Politics of War* a *The Limits of Power* y otros textos— representa el otro corpus principal de la historia crítica y de la teoría de la América imperial, y que resulta ser el más pródigo de todos. Podría haber una razón cultural para ello: Kolko, residente en Canadá, nunca ha demostrado el mismo apego hacia los valores populares estadounidenses, a diferencia de Beard o Williams.

² Los primeros colonos británicos, que llegaron a las costas de Nueva Inglaterra en 1620 a bordo del *Mayflower* [N. del T.].

En todo caso, podríamos decir que la selección de legados que Bacevich ha llevado a cabo entre sus antepasados limita la forma en que organiza su narrativa analítica. En particular, no se tratan aquí los que podríamos llamar los fundamentos achesonianos de la estrategia imperial estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial. Como han expuesto Bruce Cummings y otros, el giro hacia una enorme proyección de poder en el exterior, alimentado por una enorme y permanente industria militar y un gigantesco presupuesto militar, y codificado doctrinalmente en el informe NSC-68³, se produjo sobre un telón de fondo de grave recesión en la economía estadounidense en 1949, cuando todavía existía un pronunciado grado de militancia sindical. Fue entonces, tal y como expuso Acheson, cuando «Corea nos salvó». La Guerra Fría supuso una serie de beneficios domésticos decisivos: el keynesianismo de guerra como sólida alternativa a la par que barrera frente al keynesianismo del bienestar; una poderosa ideología anticomunista disponible contra toda forma de disenso radical; un medio de abastecimiento de una variedad de fuentes de Investigación y Desarrollo y otros apoyos para un amplio espectro de industrias estadounidenses; así como bases de apoyo social muy poderosas e interclases en Estados Unidos con una participación directa en la expansión imperial. Cabe suponer que algo parecido puede haber intervenido en lo que respecta al constante y vertiginoso aumento de las operaciones financieras, mercantiles y militares estadounidenses desde el final de la Guerra Fría. Inaugurándose con la primera guerra del Golfo durante la presidencia del primer Bush, expandiéndose continuamente con Clinton y ahora acelerándose con el segundo Bush, la combinación de las armas y la presión estadounidenses han reforzado el mandato de Washington en áreas habitadas cada vez más extensas allende los mares, en un momento en el que las tensiones motivadas por una enorme polarización social en el interior del país podrían haber dado pie de no ser así –con la desaparición del Imperio del Mal– a presiones favorables a las reformas y la redistribución domésticas.

Bacevich no sigue esta línea de análisis beardiana, sino que, por el contrario, se centra en la ideología y en los instrumentos del nuevo imperialismo de posguerra. Siguiendo a Williams, Bacevich insiste en que el imperio no creció de cualquier manera: fue el resultado de una perspectiva mundial particular y fue construido con arreglo a una estrategia coherente, que consiguió el respaldo del pueblo estadounidense. La clave de ambos aspectos fue el eufemismo «internacionalismo liberal», palabras en clave para forzar la apertura del mundo a la empresa estadounidense, respaldada por la potencia estadounidense. Sin embargo, cuando el terreno es el de Williams, la visión es más cáustica. Su tratamiento de la «globalización», uno de los grandes mantras del periodo actual, resulta caracte-

³ Se trata de un documento del Consejo de Seguridad Nacional estadounidense, «United States Objectives and Programs for National Security», 14 de abril de 1950. Puede consultarse en <http://www.fas.org/irp/offdocs/nsc-hst/nsc-68.htm> [N. del T.].

rístico. Aunque probablemente no exageraríamos diciendo que decenas de miles de académicos en todo el mundo han considerado esta última como una especie de nuevo amanecer histórico-mundial, que condenaba a la obsolescencia buena parte del canon de las ciencias sociales, Bacevich sugiere a este respecto que se trata de algo más provinciano y más antiguo. El expansionismo económico estadounidense, que se solía conocer como «interdependencia», ha sido rebautizado: la «globalización» es en lo esencial un sinónimo radicalizado de aquella expresión más antigua.

Se trata de conceptos que apuntan hacia dentro y hacia afuera: hacia dentro, para convencer a la población estadounidense de la necesidad de la expansión económica en el exterior y no de la transformación social en el interior del país; y hacia el exterior, para legitimar la campaña de apertura de otros territorios y otros mercados a las empresas estadounidenses. «Qué cerca están uno del otro en todas partes del mundo. Las invenciones modernas han hecho entrar en contacto estrecho a pueblos que se encontraban separados por enormes distancias, haciendo que se conozcan mejor. [...] Las distancias se han disuelto. [...] Los productos mundiales se están intercambiando como nunca antes. [...] El aislamiento ya no es posible o deseable». ¿Anthony Giddens? No, McKinley en septiembre de 1901. O, como lo expresara Thomas Friedman un siglo después: «Globalization-is-US»⁴.

Uno de los grandes méritos de *American Empire* consiste en que en él queda claro hasta qué punto las doctrinas de la supremacía estadounidense se han sucedido sin solución de continuidad. Aquellos que, ingenuamente, imaginan que se ha producido una enorme ruptura con el pasado reciente a raíz de la llegada a la Casa Blanca del actual titular republicano se llevarán una sorpresa mayúscula leyendo estas páginas. En el curso de la demostración de los conceptos organizadores claves de la expansión imperial y de los códigos discursivos que la organizan, Bacevich hace ver con una enorme fuerza acumulativa el hecho de que estos conceptos han sido sostenidos en común por parte de los líderes y presidentes republicanos y demócratas. Incansable, Bacevich va acumulando una cita tras otra acerca de las cuestiones clave, extrayéndolas de ambos lados de la divisoria entre los partidos, al objeto de demostrar que la idea de bipartidismo es, en el mejor de los casos, demasiado débil habida cuenta del grado de identidad entre ambos. Los anatemas contra los peligros del «aislacionismo», la inevitabilidad e irreversibilidad de la globalización, la centralidad de la apertura de los mercados, la indispensabilidad del «liderazgo» estadounidense para la seguridad del mundo, todos estos tropos son repetidos al unísono y sin que quepa establecer distinciones por republicanos y demócratas.

⁴ Advértase el juego de palabras entre el pronombre *us* (nosotros) y *US* (iniciales de United States) [N. del T.].

En esta ideología, hay un ir y venir característico entre las formas objetivas y subjetivas de legitimación. La globalización es una inevitabilidad histórica que debe ser aceptada. Sin embargo, Estados Unidos es «el autor de la historia», tal y como explicaba Madeleine Albright, sin cuya fuerza protectora aquélla estaría en peligro. Bacevich no se equivoca cuando insiste en que, en realidad, las versiones más completas y obsequiosas de la misión imperial estadounidense en el mundo fueron obra del régimen de Clinton, que tejió sus dimensiones internas y externas, económicas y político-militares en un todo liso, tras los esfuerzos más bien laxos de su predecesor en el cargo. Asimismo, tampoco le cuesta mucho demostrar que, a pesar de que la actual Administración de Bush ha descartado una parte del decorado retórico de los años de Clinton, los conceptos y los objetivos básicos de la política exterior estadounidense no han sufrido cambios.

American Empire no se limita a ofrecer un extraordinario repertorio del discurso dominante, que deben leer todos los interesados en la ideología de la potencia estadounidense. En un capítulo tras otro, Bacevich documenta la doble senda del expansionismo en la década de 1990: por un lado, la apertura de las economías de ultramar y la remodelación de las instituciones financieras en beneficio de Estados Unidos, con el correspondiente boato cultural; por el otro, la proyección de la fuerza militar para mantener o restaurar el orden en el exterior, acompañada de estrategias diplomáticas encaminadas a disciplinar al resto de los principales centros de poder mundial. Sin embargo, en el curso de su exposición general, Bacevich dedica una atención especial al área de su propia pericia profesional. Su contribución más original y valiosa a nuestra comprensión del *modus operandi* del Imperio reside en su análisis de su aparato militar y de los propósitos a los que éste ha de servir en la actualidad.

En un impresionante análisis, Bacevich sostiene que el principal cometido del Pentágono en la actualidad se asemeja más a la diplomacia cañonera británica del siglo XIX que a las guerras terrestres de ascendencia continental, sobre todo franco-alemana. Para lo que, en lo esencial, no constituyen sino operaciones de reestablecimiento del orden en las zonas periféricas, el Departamento de Defensa ha desarrollado los equivalentes de los «cañoneros y los *gurkas*» del siglo XXI, es decir, una combinación de un poder aéreo aplastante con fuerzas de alquiler o mercenarias por tierra: misiles, aviones sin piloto y aviones B-IS por arriba y el ELK, la Alianza del Norte y los kurdos por abajo. Diseñada para minimizar las bajas estadounidenses, que podrían desestabilizar a la opinión doméstica, esta estrategia bifronte no excluye, en caso necesario, el uso de la infantería estadounidense: una fuerza armada imperial que no puede permitirse absolutamente sufrir bajas difícilmente estará en condiciones de llevar a cabo ni siquiera las operaciones clínicas de un Imperio posmoderno.

No está de menos recordar que la brecha en términos de tecnología militar entre el ejército estadounidense y la resistencia iraquí ha sido mayor

que la que existía entre los militares británicos y los zulús a finales del siglo XIX. Un puñado de pérdidas sufridas en un combate tan desigual puede tener una utilidad práctica, toda vez que para los intereses de la Administración estadounidense resulta conveniente una resocialización de su población a partir de la aceptación de un cierto grado de bajas en combate. En el caso de que éstas creen el peligro de romper un techo tan limitado, siempre cabe recurrir a la potencia aérea para que arrase el paisaje en su lugar. Hasta la fecha, la limitación que presenta este tipo de imperio reside en su escasa inclinación a hacerse cargo de la administración colonial directa de los territorios conquistados, con independencia de la duración de ésta. En este caso, hasta el momento ha necesitado la ayuda de satrapías, bajo el disfraz de la ONU o de la Alianza Atlántica, para desempeñar las tareas rutinarias, concentrando su propio papel en el control y la dirección estratégicos. Esta delegación se hace más necesaria conforme aumenta la frecuencia de las operaciones de tipo cañonero. En 1999, señala Bacevich, el Comité de Seguridad Nacional informaba de que «desde el final de la Guerra Fría, Estados Unidos ha emprendido casi cuatro docenas de intervenciones militares [...] frente a sólo 16 durante todo el periodo de la Guerra Fría».

Por supuesto, la diplomacia de la cañonera no es el único papel encomendado a los militares estadounidenses. También deben mantener el «predominio de espectro completo [*full-spectrum dominance*], es decir, la superioridad estratégica decisiva sobre todas las demás grandes potencias, al objeto de disuadirlas del intento de contrarrestar el desequilibrio con Estados Unidos. La vigilancia armada a tal escala ha dado lugar a una red intercontinental de lo que Bacevich denomina poderes «proconsulares», localizados en cuatro grandes comandos regionales, «cada uno de los cuales preside vastas ringleras de tierra, cielo y agua»: CINCPAC (Extremo Oriente), cuya sede está en Hawai; CINCSOUTH (América Latina), con sede en Miami; CINCEUR (Europa, África, Israel), con sede en Bruselas y CINCENT (Oriente Próximo, Asia Central, Cuerno de África), con sede en Tampa.

Los comandantes en jefe de estos teatros de operaciones suelen ejercer, tal y como muestra Bacevich, mucho más poder político y diplomático que cualesquiera funcionarios civiles equivalentes de la Administración estadounidense, y esperan ser tratados como lo que son: procónsules de un imperio global, investidos de enormes recursos y poderes. «El personal de los comandos europeo, central y pacífico supera cada uno el tamaño del Gabinete Ejecutivo del Presidente. En el comando sur, el más pequeño de los cuatro, la plantilla consta de aproximadamente 1.100 personas, mientras que durante la década de 1990 «sus presupuestos conjuntos pasaron de 190 millones de dólares a 381 millones de dólares, ajustando las cifras a la inflación». Esta militarización de la expansión estadounidense en el mundo, cuyos efectos a largo plazo sobre la configuración de la política estadounidense en este mismo sentido todavía están por ver, no está exenta de sus propias contradicciones. Bacevich

muestra cómo Wesley Clark, el locuaz e incompetente comandante del CINCEUR al mando de la guerra de los Balcanes, tuvo que ser apartado por sus superiores en Washington, antes de entregarse a las serviles atenciones de Michael Ignatieff y los honores de comentarista de estudio en la CNN.

El libro de Bacevich es un ejercicio equilibrado y disciplinado. No pretende, al estilo de tanta literatura actual sobre la política exterior estadounidense, ofrecer teorías mal construidas sobre las relaciones internacionales, la economía mundial, la cultura popular, las maravillas de la tecnología electrónica o los caprichos del sistema político doméstico. Se impone a sí mismo una tarea minuciosamente limitada: demostrar las continuidades prácticas e ideológicas de la potencia imperial estadounidense, así como los nuevos despliegues militares que ha llevado a cabo desde la Guerra Fría. En lo que respecta a estos objetivos, su logro es admirable. Fría y sucintamente, desmonta muchas de las mistificaciones que rodean en la actualidad al imperio estadounidense. Esperemos que no haya que esperar mucho para que sea traducido al árabe.